

UN INTERESANTE PROBLEMA PSICOLOGICO: LA FORMACION DE LOS SUPERDOTADOS

(VII)

VIDA AFECTIVA

En el hombre ¿no vale más el corazón que la cabeza? (1)

Si por sus brillantes cualidades intelectuales pertenece el superdotado a una bella aristocracia espiritual, también es selecto por su afectividad, honda y sonora.

Contra el sentir del vulgo, no son los niños "prodigios" en el entendimiento, deficientes, o insensibles o mortecinos en la afectividad. Al contrario.

De las diversas pruebas por mí realizadas en el Instituto de Selección de Madrid, paso a exponer algunos temas de composición.

Toda la gama de los sentimientos más nobles los ví vibrar en ellos, con más fuerza y riqueza polifónica que en los niños ordinarios.

La expresión misma con que revelan sus afectos es musicalmente bella: ingenua o profunda, dramática o sonriente.

De esa dilatada gama de sentimientos explorados, entresacaré solamente dos de

(1) En el artículo anterior sobre los superdotados (SIC, Mayo de 1944) continuamos tratando sobre el problema de la selección de los superdotados. Después de hablar del examen médico y su importancia pedagógica, pasamos a exponer la primera de las cuatro etapas que, a nuestro juicio, comprende la labor seleccionadora de superdotados.

Como el tema de la técnica seleccionadora resulta algo árido para tratado en un artículo, hemos preferido relegar la exposición de las pruebas que integran las tres siguientes etapas, para el final de toda la serie de artículos sobre superdotados; material que entonces publicaremos en forma de apéndices,

ellos, singularmente reveladores: los sentimientos familiares y los estéticos.

Sentimientos Familiares

No se trata, en los testimonios que transcribimos a la letra, de "tests" propiamente dichos, sino de simples temas de composición. Escogidos, sin embargo, con una finalidad indagadora, revelan tal vez más profundamente que un "test", las sagradas reconditeces del alma infantil.

Una circunstancia especialmente favorecedora para sondear los sentimientos familiares, se da en estos testimonios. Muchos de los niños, sus autores, tuvieron que experimentar el rudo golpe de la guerra, con sus funestas consecuencias: abandono del hogar, dispersión de las familias, muerte de seres queridos, penuria...

En esas circunstancias es cuando aflora a la superficie del espíritu, el caudal afectivo con toda su plurivalencia. En estos niños, el afecto es fuerte, noble, concentrado y tierno...

En algunas narraciones se establece netamente un contraste; hay como un filo de espada que se mete en el alma infantil, corta en flor la sonrisa espontánea e inaugura una etapa de dolor.

El tema de composición propuesto era: "recuerdos de mi vida". Cada uno debía referir, en forma lisa y espontánea, su pasado. Se les inculcó que no se trataba de "hacer literatura".

Tema del alumno. A. (2) Edad doce años.

(2) En artículo aparte trataremos expresamente del Instituto madrileño, en el cual realizamos estas pruebas. Daremos a conocer entonces las circunstancias ambientales de los niños, pertenecientes todos ellos a la clase obrera, ubicada en los más pobres barrios de Madrid.

Es una simpática relación, fresca y lózana, en la que palpita un hondo sentimiento filial hacia la madre. Nótese la escala de preferencias: "hubiera preferido haberme roto el otro brazo, antes que separarme de ella"; así como los vuelos de audacia que enciende el amor: el furtivo deslizarse en un coche, desafiando los peligros de la guerra.

Ya de chiquitín nací con la alegría en el cuerpo. Era la alegría de la casa, además era el benjamín y mi madre me tenía un poquitín más de cariño que a los demás.

Fuí creciendo y la alegría fué siendo mayor en mi casa. Entré en un colegio y como las lecciones me entraban con gran facilidad aprendí bastante y a los cuatro años ya sabía leer.

A los cinco años eché una instancia para un colegio interno y a los ocho entré en él. Han de saber que en medio de estas alegrías me rompí un brazo lo que me fastidió un poco. Entre toda la felicidad que tuve hasta entonces parece ser que esta desgracia fué la ((desgracia) meta. Entré no sin gran pena en el colegio porque al separarme de mi madre a esa edad... bueno que hubiera preferido haberme roto el otro brazo, antes que separarme de ella, y para colmo de desdichas nada más entrar me llevaron a un pueblo de Barcelona que estuve en él dos años. Vine a Madrid, aunque escondido en el coche, pero entonces no era permitido que entraran niños en la capital, pero tal era el ansia de ver a mi madre y a Madrid que no me fijé si me podrían detener.

Empecé a estudiar en el colegio que me llevó allí, y fuí en una ocasión nada menos que el primero de los cien niños.

Otra vez en unas pruebas pedagógicas en las cuales si salíamos bien en todas ellas (pruebas) nos pagarían y enseñarían una carrera sea cual fuere, me presentaron a mi con otros pocos y salí bien y ahora estoy redactando este relato en el Instituto que acabo de citar.

Tema del alumno B.— Edad: 12 años. En esta composición se proyecta la sombra lúgubre de la guerra, marcando una zona divisoria en el alma infantil. Antes de la guerra todo flota en la magia luminosa del ensueño: paseos, amigos, parques... Después, la nueva etapa: el descubrimiento inclemente de lo trágico de la vida. El afecto del niño es poderoso aglutinante: por eso conserva su memoria, con rasgos imborrables, los objetos familiares para siempre abandonados...

Cuando empecé a tener uso de razón lo que más me gustaba era ir de paseo los domingos por la tarde con mi padre y mi hermana, (en cambio la escuela no la podía ver, mi madre me llevaba a ella engañándome, diciendo que me daría un juguete.)

Me fuí haciendo mayor y al mismo tiempo aficionándome a bañarme en el río y a

frecuentar el cine que es lo que más me gusta.

Después me hice amigo de niños y niñas vecinos organizando juegos en el verano, cuando por las noches salíamos después de cenar, y así transcurría el tiempo felizmente para mí; pero cuando me sentía verdaderamente alegre era cuando en la escuela que iba se organizaba alguna excursión a la casa de fieras donde me divertía mucho dando pipas y otras cosas a los monos y echando pan a los cisnes.

Así las cosas, la guerra vino a asolar España ocasionándome un gran disgusto pues dió la casualidad de que empezó el día mismo de mi cumpleaños; a los pocos días de haber empezado con el corazón lleno de tristeza, tuvimos la desgracia de tener que abandonar nuestra casita pues era batida por los cañonazos y el frente estaba cerca de ella.

Al tener que marcharnos nos dejamos casi todas las ropas, y muebles; ni cacharros de cocina etc. no sacamos nada; también nos dejamos una cabrita, gallinas, conejos y sobre todo un perrito al que yo quería mucho. Dejada ya la casa nos fuimos a vivir a una de las calles céntricas de Madrid y en el tiempo que ha durado la guerra durante la cual hemos pasado muchas penalidades, raro ha sido el día que he estado alegre, pues sentía la nostalgia de los campos que rodean mi casa donde salíamos a jugar y dar carreras hasta rendirnos.

Tema del alumno C.— Edad: 12 años. Junto con el profundo dolor por la muerte del padre, se percibe en estas líneas el oleaje afectivo que en un alma infantil levantan hechos trágicos de la vida.

Mi vida, algo monótona, está alterada por algunas emociones, alegres o tristes, como la alegría del despertar el seis de Enero, día de los Reyes Magos, y encontrarme con preciosos juegos mejores que los que pedí o más bonitos.

También recuerdo con cierta satisfacción el primer día de colegio, cuando pasé de un salto de la clase que me pusieron a otra más adelantada, por saber el Camarada de carrerilla, y no deletrear.

Otra emoción alegre fué el viaje a Valencia cuando salí evacuado al empezar el Movimiento. Llegué con gran ilusión, pero esta se nubló al comunicarme que ibamos a un pueblo y que cada uno estaría alojado en una casa particular. ¡Ay!, con lo vergonzoso que yo era, verme solo y, además, incomunicado con mis hermanos! Pero cuando nos establecimos cada uno en una casa y mi hermano quedó cerca de mí, se disipó mi tristeza; además, recibía de vez en cuando algún dinerillo y otra vez gran cantidad de periódicos infantiles atrasados, cierta cantidad de cuentos y dos o tres juegos. Recuerdo con cierta nostalgia los días felices de mi estancia en el pueblo, cuando yo contaba las flores del azafrán o ayudaba a segar, y también a plantar patatas y a cortar las uvas...

Más ¡ay! que llegó la funesta noticia de

la muerte de mi padre. Me enteré de ello con suavidad, cosa que me ayudó a no desesperarme en el momento, pero luego... luego reflexioné y me dí cuenta de la pérdida tan enorme como supone perder al padre...

Inmediatamente nos volvimos a Madrid. Asperas noches, en las que dormimos en el control esperando un camión que nos volviera por caridad, como hacían infinidad de personas.

Llegué a mi patria chica, la añoraba mil veces, a pesar de mi felicidad en el pueblo; vi a mi hermana ¡doloroso encuentro! los dos recordamos a nuestro padre. La llegada de mi hermano a Madrid el 17 de Julio de 1938.

Después de estas emociones, ya nada ha habido alegre para mí más que la entrada en este Instituto, en el que termina mi historia.

Tema del alumno D.— Edad: 12 años. La dura lección de la guerra no ha ajado la suave frescura de esta alma infantil. Por eso, del íntimo paisaje de lo ya vivido, se yergue el toque luminoso: "mi carácter es alegre, y no puedo más que olvidar los días para mí tristes..." El anhelado encuentro con la familia, después de años de separación, la paz que llega, los triunfos escolares y sobre todo, —espíritu finamente religioso— aquel día, rebotante de albura: la Primera Comunión!

Nótese la fina sensibilidad estética con que se vive y describe una de las "alegrías": la paz!

DIAS FELICES

El día más feliz de mi vida fué aquel en que tomé la 1ª Comunión y recibí por primera vez a mi Creador postrándome a sus pies.

Otra de las grandes alegrías que más se me grabará en la memoria es la de que me dijeran que iba a venir al I. de S. E.

Uno de los días más agradables para mí fué aquel en que llegando a Madrid en un tren procedente de Barcelona vi a mi madre y mi familia, a la cual hacía 3 años que no veía. Pues durante la guerra había estado en Barcelona junto con los profesores del colegio.

También fué gran día para mí aquel en que entre el canto de los pajarillos y el movimiento de los árboles que ya pronto florecerían, leí el último parte de guerra, pensando en que pronto vería a mi madre.

Días felices para mí también fueron el día que me dieron la nota del examen trimestral con el nº 1., en el que iba a dar a mi madre una gran alegría.

Y también aquellos en que me gratificaron poniéndome dinero en la Caja P. de Ahorros, por haber tenido la suerte de sacar unos "gordillos" y un "gordazo".

DIAS TRISTES

Mi carácter es alegre, y no puedo más que olvidar los días para mí tristes pero

hay algunos que no se me borran de la memoria.

El día más triste de mi vida fué aquel en que desvendándome las manos en el hospital de S. Pedro y S. Pablo de Barcelona me vi la mano, en la que unos días antes me había explotado un pistón de mortero, que me faltaban dos dedos.

Otro de los días que tampoco se me borra es en el que me separé de mi familia para irme (b) con el colegio, pues de lo contrario no me hubiesen admitido otra vez.

Impresión de Conjunto.

No nos permiten los límites de este artículo transcribir la serie entera de estos temas de composición. Los restantes, aquí no copiados, son material inapreciable para estudios psicológicos.

Recojamos una impresión de conjunto.

Entre los horizontes ya idos del pasado, figura ante todo el recuerdo imborrable del hogar. En esto coinciden todos...

Los seres queridos, aquellas paredes hogareñas, tan sabidas de memoria, el trozo de jardín que rodea la casa...

Alrededor de ese "núcleo", anclado en lo más hondo del alma juvenil, se despliegan tétricas o luminosas, las vivencias de otros tiempos.

Será el dolor inagotable por la separación o muerte de los padres: un romperse de algo, allá dentro, en las profundidades del alma:

"Casi toda (mi vida) está llena de desgracias y pocas alegrías: nací con suerte y ahora se derrumba la suerte y viene la tristeza con la fatal muerte de mi papá; esta fué una de las escenas más dolorosas de mi vida, y no me atrevo a describirla porque no puedo; la pluma se me va de las manos". (doce años)

"La primera pena que tuve yo en el mundo fué a los siete años de edad, y fué la dolorosa muerte de mi padre que aunque era pequeño sentí con toda mi alma" (doce años)

Será el comprender que el dolor, en su trágico sino, tiene una significación trascendente. A su golpe de hacha se abre de par en par la inconciencia infantil a "lo serio" de la vida. Rompe y madura un "yo" mejor, aunque entre lloros de inclemencia. Sí! ¿Cómo no aprender la gran lección de la vida ante las arrugas de una madre, prematuramente envejecida?

"Cuando comenzó la pasada guerra (la civil española) de la cual guardamos recuerdos amargos y no precisamente al comienzo, sino en su plenitud, es la época en que yo guardo en mi imaginación momentos que me han hecho comprender muchas

cosas que yo antes ignoraba y que me han servido de gran lección para conocer el cariño que debo a mis superiores en general y en primerísimo lugar a Dios. El ver la angustia de mi madre, al no podernos dar el alimento necesario, su envejecimiento prematuro, y su demacramiento y palidez por falta de alimento, al dar lo suyo a la hermanita menor, fueron para mi pruebas que dejaron huellas imborrables en mi mente..." (trece años).

Será, por el contrario, la alegría desbordada, para el niño también incomprensible, del encuentro con los suyos, de la continuación de esa dulce vida de hogar, ahora tanto más saboreada, cuanto más íntimamente codiciada..

Y el perfume de aquellos otros recuerdos, gritos de victoria prendidos en el sonoro despeñarse de los años infantiles: la poesía toda de las reyes magos, oprimidos bajo el peso de los juguetes, y la fascinación estrepitosa por un día de excursión a un bosque misterioso y...!

"Una alegría también muy grande era cuando el seis de enero, día de reyes, me ponía mi pobre padre todos los años un balón y un hermoso caballo de cartón (que

tenía que subirme a una silla, para montarlo). Y cuando íbamos todos los veranos al Escorial a veranear y llegaba mi padre en el coche todos los domingos y nos traía caramelos... También sentía mucho gozo cuando me traían a Madrid a pasar el día con él, y después de ver una novillada volvía a El Escorial... Y llevaba empanadillas a mi hermana y a mi primo..." (doce años)

A distancia de años, qué bien se entiende todo el alcance del sacrificio materno!

"Ahora es cuando me doy cuenta de lo que entonces me pareció.. excesivo cuidado de mi madre y puedo comprender los desvelos y amarguras que he hecho pasar y que nunca podré pagar" (trece años)

En una palabra: al recorrer estas líneas se tiene la impresión de algo psíquicamente maduro. De algo hondo, fuerte y auténtico. No es la sensiblería gazmoña del débil: es la capacidad de vibrar puesta en tensión; es el milagroso desplegarse de un mundo de vivencias, brotadas, como rara flor, de esa tierra insustituible: el Hogar!

Sólo que esas vivencias, en el supérdotado, rompen con más fuerza y se expresan más transparentes...

Carlos Guillermo Plaza S. J.

+++++

Benévolo lector de SIC: ¿Quiere Ud. saber qué intentan los comunistas en Venezuela? Ud. nos agradecerá el que le supliquemos lea el interesantísimo artículo del P. Juan Alvarez, que transcribimos en las páginas iniciales y finales de este número.

Tácticas del comunismo ruso en Colombia.